

ARCHIVO · CARLOS DONOSO · 2018

7 Cuentos para nuestros niños

Siete historias breves escritas para los hijos del autor

CARLOS DONOSO

Primera escritura · 2018

Para Julián Matías y Juan Daniel.

PRÓLOGO

Introducción

Nuestros niños son lo más precioso que tenemos, no sólo porque los amamos, sino porque son los hombres y mujeres del futuro. Por eso, sea que tengamos hijos o no, todos debemos cuidar del futuro de nuestro mundo cuidando de nuestros niños.

La mejor forma de hacerlo es cuidando lo que les enseñamos, y tomando la iniciativa, es decir, enseñándoles valores morales que hagan de ellos adultos responsables y felices.

Cada uno de nosotros pone su granito de arena para cuidar de ese futuro que representan nuestros niños, y este libro pretende ser un granito más para que tengamos el mejor futuro posible. Por eso, sólo encontrará mensajes positivos, naturalistas y conservacionistas en los cuentos que aquí se relatan.

Esperamos que usted disfrute con sus niños de la lectura de estos cuentos tanto como he disfrutado al escribirlos.

CARTA AL LECTOR

Dedicatoria

Para Julián Matías y Juan Daniel

Mis queridos niños:

Escribí estas historias, pero cuando las empecé no sabía todo lo que pasaría en los siguientes meses. Probablemente, Julián aún es muy pequeño para estas historias, y Juan es muy grande. Sin embargo, algún día serán lo suficientemente mayores para volver a leer estas pequeñas historias, y entonces podrán sacarlo de la estantería superior, quitarle el polvo y decirme qué opinan de él. Probablemente, yo estaré tan sordo que no les oiré, y seré tan viejo que no les comprenderé... A pesar de todo esto seguiré siendo...

Su padre,

C. D. Donoso.

CUENTO 01

¿Dónde no hay hormigas?

Juancito se levanta temprano y va a su escuela como lo hace todos los días; en el camino, se encuentra con su amigo Carlitos; así que los dos se van juntos conversando. Pero cuando están a punto de llegar a su escuela, se dan cuenta que hay un largo camino de hormigas que entra y sale de su escuela.

—Esas hormigas son un problema —dice Carlitos mientras pasa caminando por encima de las hormigas—, ¡están en todas partes!

—En mi casa también están —dice Juancito—, ¿habrá algún país en el mundo en el que no hayan hormigas?

—No lo sé —dice Carlitos—, es una buena pregunta.

Al llegar a la escuela, Juancito le dice a su profesor antes de empezar la clase:

—Profesor, ¿usted sabe si hay algún país en el mundo en el que no hayan hormigas?

El profesor se sonríe y le dice:

—Sí y no.

—No entiendo —dice Carlitos—, ¿hay un país en el que no hayan hormigas o no hay ninguno?

—Hay un país en el que no hay hormigas en la naturaleza —explica el profesor—, pero en la mayoría de las casas de los habitantes de ese país hay unas pocas hormigas, tan pocas que a veces la gente no las nota.

—¿Qué país es ese? —pregunta Juancito intrigado.

—Se llama Islandia —dice el profesor—, es una isla del norte de Europa de unos trescientos mil habitantes.

—¿Por qué no hay hormigas allá? —pregunta Juancito.

—Porque la tierra es demasiado fría para que las hormigas puedan reproducirse —explica el profesor.

—Quiero vivir allá —dice Carlitos—, las hormigas son un problema.

—En realidad —dice el profesor—, las hormigas son muy importantes, ellas son las encargadas de mantener todo limpio en la naturaleza y también aquí en la escuela.

—Pero aquí hay personas que limpian —dice Juancito.

—Es verdad —dice el profesor—, pero hay lugares a los que esas personas que limpian no pueden llegar. A esos lugares llegan las hormigas y limpian.

Al terminar la clase, los niños salen; y por casualidad, Juancito y Carlitos ven que el director de la escuela está hablando con la pared. Así que se acercan detrás de él con mucho cuidado sin hacer ruido, y le escuchan decir.

—Por favor, hay que limpiar el techo, ya me asomé y está lleno de insectos muertos y de las hojas de los árboles.

Juancito se asoma para ver con quién habla el director y sólo ve en la pared a un grupo de hormigas.

—¿Le está hablando a las hormigas? —pregunta Juancito.

El director se asusta al verlos y les dice:

—No le digan a nadie, bueno, nadie les va a creer; a mí nadie me cree. Antes teníamos que pagar para que limpiaran el techo, pero hace algunos años que les pido el favor a las hormigas, y dos días después, me asomo y el techo está completamente limpio.

—¡Eso es imposible! —dice Carlitos.

—Sé que es difícil de creer —dice el director—, pero hace años que me ayudan a limpiar el techo.

Juancito y Carlitos salen de la escuela muy sorprendidos, y al ver el camino de las hormigas afuera de su escuela, pasaron con mucho cuidado para no pisarlas.

CUENTO 02

Somos una sola familia

María está en su escuela hablando con sus amigas:

—Yo soy descendiente directa de los primeros pobladores de este país —dice María con orgullo.

—Yo soy descendiente de árabes, por eso mi nariz y mi piel son tan bonitas —dice Paola.

—Mi mamá dice que mis antepasados eran judíos, y es por eso somos tan inteligentes —dice Claudia.

—Mi papá dice que nuestra familia es descendiente de europeos del norte —dice Camila—. Por eso somos rubios.

—Yo no sé de quién soy descendiente —dice Patricia—, tendré que preguntarle a mi madre para saber qué tenemos de especial.

Su profesora las escucha, y les pregunta:

—¿Sabían que la ciencia ha descubierto que todos los humanos somos descendientes de la misma familia?

—¿De la misma? —pregunta María sorprendida— Pero todos somos diferentes, no podemos ser de la misma familia.

—En realidad sí —dice la profesora y explica—. Lo mismo sucedió con otras especies, ¿recuerdan que estudiamos de qué especie descienden todos los perros?

—Sí, descienden de los lobos —responde Camila.

—Y hay muchas razas diferentes de perros —dice la profesora—, aunque todos vienen de la misma familia.

—Es verdad —dice Paola pensando—, hay perros grandes y pequeños, algunos son muy hermosos y otros dan miedo.

—¿De dónde era la familia de la que venimos todos? —pregunta Claudia con sus ojos bien abiertos.

—Nuestra especie humana se llama homo sapiens, y todos descendemos de una familia de homo sapiens que los científicos dicen que vivió en África hace mucho tiempo —explica la profesora.

—¿África? —pregunta Patricia sorprendida.

—Sí, esa familia creció y con el tiempo se mudó a Europa y después a Asia, y de allí llegaron a América —explica la profesora.

—¿Quiere decir que todos los humanos somos descendientes de africanos? —pregunta María con cara de preocupación.

—Sí, exactamente —dice la profesora—, por eso, no es correcto sentirse superior a otra persona por causa de nuestros antepasados. En realidad, todos los humanos somos iguales, y descendemos de la misma familia de origen africano. Ustedes son de mi familia y yo soy de su familia. Somos una sola familia.

La profesora abraza a las niñas y ellas la abrazan contentas, nunca habían pensado que todos los seres humanos descendemos de la misma familia de homo sapiens africanos.

Al llegar a casa. Patricia le dice a su madre:

—La profesora nos explicó hoy que todos los seres humanos descendemos de una familia que vivió en África hace mucho tiempo.

—¡Qué interesante! Tu abuela decía que la Biblia también dice que todos venimos de una sola familia —dice la madre.

—Entonces es verdad —dice Patricia—, no hay razón para que unos se sientan mejores que los otros, todos somos una sola familia.

CUENTO 03

El ciego de la calle 5

En la calle 5 de una hermosa ciudad, hay un hombre ciego que todos los días vende unos bonitos adornos que teje con sus propias manos.

Pero lo más interesante es que ese señor ciego acostumbra a decirles a las personas cómo llegar a algún lugar que ellas buscan, usando el sistema de contar los pasos que los ciegos usan.

En una ocasión, un niño se le acercó y le preguntó:

—¿Usted sabe dónde puedo comprar un lápiz por aquí?

—Sí —le dijo el ciego—, ¿qué edad tienes?

—Nueve años —dijo el niño.

El ciego puso su mano en la cabeza del niño, para saber qué tan alto era y calcular el tamaño de sus pasos; después le dijo:

—Si tienes nueve años, vas a seguir caminando y contarás doce pasos, después de esos doce pasos, sentirás un exquisito olor a pan. Es porque estás pasando frente a una panadería, justo al lado, está la papelería, ahí podrás comprar el lápiz.

El niño se fue caminando y contando sus doce pasos, entonces, sintió el olor del pan y al lado de la panadería, estaba la papelería tal y como dijo el señor ciego.

Un momento después, una señora le preguntó al ciego si había algún lugar cercano en el que se pudiese comprar un regalo para su hija. El ciego le dijo:

—Debe caminar veinticinco pasos en esta dirección y llegará a la esquina, luego cruzará a la derecha, teniendo cuidado de no golpearse con un poste que está en medio de la acera; ya yo me he golpeado con él. Desde ese poste, contará quince pasos y escuchará mucho ruido, es la entrada de una escuela; siga contando sus pasos hasta llegar a treinta y encontrará una tienda de regalos.

La señora se fue caminando, llegó a la esquina y vio el poste en medio de la acera, nunca lo había notado; luego de quince pasos, escucho el ruido de los niños que a esa hora estaban en el recreo en sus escuela, nunca lo había notado. Después, a los treinta pasos exactos, estaba la tienda de regalos. La señora entró en la tienda con una sonrisa, muy agradecida de que sus ojos le permitan ver.

Al rato, un hombre le preguntó al señor ciego dónde quedaba el banco más cercano, y el ciego le dijo:

—Caminará veinte pasos en esa dirección y encontrará un escalón, después, contará dieciocho pasos hasta el borde de la calle, la cruzará y contará cuarenta pasos, sentirá el olor a café de cafetería como a los diez pasos y seguirá caminando. Al llegar a los cuarenta pasos, sentirá como un silencio a su derecha, ese es el banco.

El hombre se fue caminando y vio el escalón, luego, al llegar al borde de la calle; tomó conciencia de que los ciegos necesitan ayuda para cruzar la calle, y a los diez pasos sintió el agradable olor a café de la cafetería. Después, al llegar frente al banco, el hombre cerró los ojos y pudo sentir el silencio del banco.

Aunque había tenido un mal día, el hombre entró al banco muy contento; pues estaba muy agradecido de tener el regalo de poder ver con sus propios ojos.

El niño que compró el lápiz se devolvió a donde el señor ciego y le preguntó:

—¿Qué puedo hacer para ayudar a un ciego en la calle?

—Lo primero —respondió el hombre ciego—, es que nunca debes agarrar el bastón de un ciego. Lo único que hace falta para ayudar a un ciego es que dejes que el ciego te tome del hombro y camine a tu lado, eso es suficiente para ayudarlo.

CUENTO 04

Haz algo bueno por otro ser viviente

En una finca en la montaña, había un hombre que todo el mundo decía que era muy sabio. Ese hombre había ayudado a muchas personas a resolver sus problemas, tanto a grandes como a pequeños.

Un día, se le acercó un niño con un problema, el niño le dijo:

—Los otros niños se burlan de mí, por la forma en que hablo, y ya no sé qué hacer.

—Lo que tienes que hacer —le dijo el sabio—, es hacer algo bueno por otro ser viviente. Así conseguirás que dejen de burlarse de ti.

—¿Hacer algo bueno por otros? —preguntó el niño.

—Sí —dijo el hombre, y el niño se fue.

En su escuela, el niño recordó lo que el hombre le había dicho; así que empezó a hacer cosas buenas inclusive por los niños que se burlaban de él. Haciendo eso, empezó a ganarse el respeto y el cariño de sus compañeros, y poco a poco dejaron de molestarle.

Otro día, una señora fue a donde el sabio y le dijo:

—Tengo muchos ratones en mi casa, y ya no sé qué hacer para que se vayan, ha hecho de todo y los ratones no se van.

—Lo que tiene que hacer —le dijo el sabio—, es hacer algo bueno por otro ser viviente. Así conseguirá que los ratones se vayan de su casa.

La señora se fue muy brava, porque le pareció que era un consejo muy tonto, pues ella siempre les hacía el bien a otras personas. Ella pensó que había perdido su tiempo y que ese sencillo consejo no le serviría para nada.

Pero unos días después, encontró a un gato en la calle que tenía una pata enferma. La señora lo tomó y se lo llevó a su casa para cuidarlo. En poco tiempo, el gato estaba cazando ratones, y todos los ratones escaparon de la casa.

En ese momento, la señora recordó el consejo del sabio que le dijo que ‘hiciera algo bueno por otro ser viviente’, y resolvería el problema de los ratones.

Unos días después, un hombre fue a dónde el sabio con un problema muy difícil:

—Tengo problemas con mi suegra, ella no me soporta y yo no la soporto tampoco a ella; ya no puedo más.

—Lo que tiene que hacer —le dijo el sabio—, es hacer algo bueno por otro ser viviente. Así conseguirá llevarse mejor con su suegra.

—Ya lo intenté —dijo el hombre—, ya la he tratado bien, he hecho cosas buenas por ella, pero nada funciona.

—Escuche con atención —le dijo el sabio—, yo lo que le dije fue que ‘debe hacer algo bueno por otro ser viviente’.

El hombre se fue sin entender lo que el sabio quería decir, pero unos días después se dio cuenta del cariño con el que su suegra cuidaba de sus plantas y sus flores; así que empezó a ayudarle a cuidar de esos seres vivientes, y poco a poco su relación con su suegra empezó a mejorar, y un año después, se tenían mucho cariño.

Ahora era el sabio el que tenía un problema: Un zorro estaba entrando a su finca y se estaba comiendo las gallinas. ¿Qué podía hacer?

—Tengo que hacer el bien a algún ser viviente —se dijo el sabio a sí mismo—, pero, ¿a cuál? ¡Ya sé! Conseguiré un perro grande, que ahuyente al zorro.

El hombre le contó a su esposa su idea de conseguir un perro, y a su esposa le gustó mucho la idea. Así que salió en busca del perro.

Pero cuando volvió a casa, traía un burro.

—¿Qué sucedió? —le preguntó su esposa— ¿Por qué volviste con un burro?

—Porque un amigo ya no puede cuidarlo, es un burro viejo y me dio lástima que no lo atendieran bien. Mañana volveré a salir a buscar un perro para que se encargue del zorro.

Pero esa noche, cuando el zorro se acercó al corral de las gallinas, el burro empezó a hacer mucho ruido, tanto que despertó al sabio y él pudo ver cuando el zorro se asustó y se fue. Así el sabio resolvió el problema del zorro, haciendo el bien a otro ser viviente.

Siempre debemos hacer el bien a todos los seres vivientes de este planeta.

CUENTO 05

Los vigilantes con alas

En una ciudad grande, hay un loro de color verde que es muy hermoso, se llama Pachó.

Pachó siempre visita los balcones de las casas y los edificios, para que las personas le regalen algunas semillas para comer. A Pachó le va tan bien, que otros loros están haciendo lo mismo, así que en la ciudad hay muchos loros que temprano en la mañana despiertan a las personas en sus balcones y ventanas para que les den algunas semillas.

Por esa razón, la alcaldesa de la ciudad, les ha pedido ayuda a los loros para que les digan si encuentran a alguna mascota encerrada en un apartamento durante varios días, y los loros con mucho gusto están haciendo ese trabajo de vigilancia para cuidar de las mascotas que, por alguna razón se quedan solas en casa por mucho tiempo.

Por ejemplo, Pachó llega a un balcón, y empieza a hacer bulla cantando como cantan los loros. Si no se asoma nadie, se acerca a la ventana y mira hacia adentro, buscando a ver si ve a alguna mascota. Si ve alguna, vuelve por la tarde, y también al día siguiente, y al tercer día. Si después de tres días ve que la mascota sigue sola, va y se lo cuenta a uno de los ayudantes de la alcaldesa.

En una ocasión vio a un gatito solo en un apartamento, volvió al siguiente día y el gatito seguía solo, volvió el tercer día y el gatito estaba aún solo. Así que fue volando hasta la alcaldía y le informó a Juan, uno de los ayudantes de la alcaldesa; quien se encargó de investigar y lograron salvar al gato, pues su dueño se había ido de

viaje y no había podido volver.

Otro día, Pacho ayudó a salvar a un perro, que también había quedado solo en la casa y ya se había quedado sin comida y sin agua para beber. Pacho ha ayudado a salvar 2 tortuguitas, 18 peces, 5 conejos, una serpiente y un hámster; además de muchos perros y gatos.

Por eso, hoy Pacho será condecorado por la alcaldesa:

En el auditorio de la alcaldía, hay muchas cámaras de televisión para cubrir el evento de la condecoración que le harán a un loro, por ayudar a salvar la vida de otros animales.

Los especialistas en estos actos visten a Pacho y lo maquillan un poco, para que salga más bonito en las cámaras. Luego la alcaldesa dice unas palabras de agradecimiento:

—Queremos agradecer a los loros por ayudarnos a cuidar de las mascotas que se quedan solas en casa por muchos días, la vida de esas mascotas es muy importante, y a veces sus dueños no pueden volver a tiempo por algún inconveniente. Así que los loros nos ayudan a salvar esas vidas. En representación de los loros, vamos a condecorar a Pacho.

Y la alcaldesa pone la condecoración en el pecho de Pacho. Las personas en el auditorio aplauden y llega el momento en que Pacho debe ponerse frente al micrófono para hablar sobre lo que siente al ser condecorado, y Pacho dice:

—Para nosotros los loros, es un gran placer ayudar a salvar la vida de otros animales. Sabemos que la gente quiere mucho a sus mascotas, y nunca harían nada para hacerles daño, pero a veces las circunstancias se vuelven peligrosas para una mascota que se queda

encerrada sin comida o agua para beber. Todos los seres que vivimos en este hermoso planeta debemos cuidarnos los unos a los otros. Así nuestra vida será más bonita y más feliz.

Pocos días después de eso, Pacho llegó a un balcón, y después de cantar y que nadie abriera la ventana; vio que una anciana estaba sentada en una silla mecedora dentro de su apartamento. Algo le pareció sospechoso, así que en la tarde volvió, y la señora seguía sentada en su mecedora. Al día siguiente regresó a ese balcón y la señora seguía ahí, sola.

Pacho, no esperó hasta el tercer día, fue y le informó a Juan lo que había visto, y Juan se encargó de que un médico en una ambulancia visitara a la señora.

La señora estaba tan enferma y tan débil que no podía levantarse de la silla, si Pacho no la hubiese visto, quizá hubiese muerto. Así, Pacho también salvó la vida de un ser humano.

Si en tu ciudad los loros no vigilan, tú debes preocuparte si sabes que han dejado sola a una mascota en una casa por muchos días. También debes preocuparte si hace mucho que no ves a una viejita que sepas que vive sola. ¿Qué puedes hacer? Puedes decírselo a tus padres.

CUENTO 06

Los consejos de Petronio

En una hermosa casa de la ciudad, vivía un perro grande llamado Petronio. Su familia lo quería mucho y él se preocupaba por darles cariño a todos los miembros de la familia.

Cada vez que su dueño lo llevaba a pasear al parque, Petronio conversaba con los otros perros del vecindario:

—¡Hola Sultán!

—¡Hola Petronio!

—¿Cómo está tu dueña? —preguntó Petronio.

—Está muy triste —respondió Sultán—, yo me pongo cerca de ella, en silencio, para acompañarla, pero no se le quita la tristeza. Todos los días trato de que se anime a salir conmigo a pasear, pero casi no quiere salir.

—Entiendo... Haz esto —le aconseja Petronio—, cuando te quedes solo con ella, escápate y quédate en la puerta, ella te va a llamar, pero tú sólo la verás y te irás alejando poco a poco. Ella saldrá a buscarte, llamándote, y tú irás hasta la casa de una de sus amigas y ladrarás en la puerta para que la amiga abra antes de que tu dueña te alcance.

—Voy a intentarlo —le dijo Sultán.

Al día siguiente, cuando Sultán se quedó solo con su dueña... se escapó; así como le aconsejó Petronio.

Sultán llegó hasta la casa de la amiga de su dueña, y empezó a ladrar en la puerta, por eso, justo en el momento en que su dueña llegó, su amiga ya había abierto la puerta. Ellos pasaron, y su dueña y su amiga hablaron y lloraron; después de eso, la dueña de Sultán empezó a sentirse mejor, ahora estaba más alegre.

En otro paseo de Petronio, se encontró con su amiga Fifi, una pequeña perrita de hermosos lasitos rosados.

—¡Hola Petronio!

—¡Hola Fifi! ¿Cómo está tu dueña? —preguntó Petronio.

Está bien, pero se siente sola. Varios de sus amigos se mudaron a otra ciudad, así que se quedó casi sin amigos.

—Entiendo... Haz esto —le aconseja Petronio—, cuando te saque a pasear, busca hasta que encuentres a un grupo de personas que no tengan un perro, y empieza a jugar con esas personas. Tu dueña te llamará y tú la verás y la llamarás con un ladrido. Quédate con esas personas hasta que ella llegue, y entonces pasea entre esas personas para que tu dueña no pueda tomarte y cargarte. Quizá esas personas empiecen a conversar con tu dueña y haga nuevos amigos.

—Me gusta esa idea —dijo Fifi—, voy a intentarlo.

Al día siguiente, cuando la dueña de Fifi la sacó de paseo; Fifi observó con cuidado hasta que encontró a un grupo de personas, dos hombres y tres mujeres, que conversaban animadamente y no tenían ningún perro.

Fifi fue hasta donde ellos y empezó a jugar con esas personas, su dueña la llamaba, y Fifi le ladraba llamándola. Cuando la dueña se acercó al grupo, Fifi se escapaba entre las personas para que su dueña no la tomase y la cargase para irse.

Las personas invitaron a la dueña de Fifi asentarse y conversar, eran cinco hermanos que se reunían en el parque una vez por semana para conversar. La dueña de Fifi hizo una bonita amistad con esa familia, y ya no volvió a sentirse tan sola.

Otro día, Petronio estaba paseando con su dueño cuando se encontró con su amigo Rocky, un perro de los que dan miedo.

—¡Hola Petronio!

—¡Hola Rocky! ¿Cómo está tu dueño? —preguntó Petronio.

—Está muy mal —dijo Rocky—, hay una chica que lo pone nervioso cada vez que lo llama por teléfono, Y ya yo sé cuándo ella vendrá a casa porque él se pone muy ansioso. Además, ahora mi dueño siempre está cantando, y canta muy feo.

—Entiendo... No hay nada que hacer —respondió Petronio—, ya eso lo he visto antes. Tu dueño está enamorado. Pronto esa chica se vendrá a vivir con ustedes y ellos tendrán unos bebés muy hermosos que te van a halar de las orejas; pero te va a ir muy bien.

—¿Estás seguro de que no es nada malo? —preguntó Rocky.

—Cuando se trata de los humanos, no hay nada seguro —dijo Petronio.

CUENTO 07

‘Esa cosa’ en tu cuello

En el océano, vivía una foca llamada Cafú, a la que le encantaba comer pescado y jugar con sus amigos. Un día, Cafú llegó a su casa y su familia empezó a mirarle de forma extraña.

—¿Dónde encontraste eso? —le preguntó su madre.

—¿Qué cosa? —preguntó Cafú, un poco confundido.

—Esa cosa azul que tienes en el cuello —dijo la madre.

Cafú se tocó el cuello con su aleta y se dio cuenta que había algo allí.

—No sabía que tenía algo en el cuello —respondió Cafú.

—Ven, vamos a tratar de quitártelo —dijo su padre.

Pero por más esfuerzo que hicieron los padres de Cafú, no pudieron quitarle ‘esa cosa’ azul del cuello.

—¿Cómo es ‘esa cosa’ que tengo en el cuello? —preguntó Cafú, porque no podía verse su propio cuello.

—Es azul y redonda —dijo la madre—, la tienes alrededor de tu cuello.

—Ve hasta el bloque de hielo que está cerca de donde viven los pingüinos —le dijo su padre—, ahí podrás ver cómo es ‘esa cosa’ que tienes en el cuello.

Así que Cafú se fue hasta ese bloque de hielo pulido y pudo ver que tenía algo azul en el cuello, pero no lograba reconocer qué era.

Mientras volvía a su casa, las otras focas le miraban extrañadas debido a 'la cosa' azul que Cafú tenía colgando en su cuello.

—¿Qué es eso que tienes en el cuello? —le preguntó uno de sus amigos.

—Es un adorno —respondió Cafú sin pensar.

—¿Un adorno? ¿Y no te molesta? —preguntó su amigo.

—No, no me molesta, de hecho, siempre me ha gustado mucho el color azul —respondió Cafú.

Pero Cafú sólo decía eso por presumir, la verdad era que estaba un poco preocupado por no saber qué era 'esa cosa' que tenía en su cuello.

Al llegar a su casa, le preguntó a su madre:

—¿Alguna vez habías visto un adorno tan bonito como este que tengo en el cuello?

—No. Nunca había visto algo así —dijo la madre—, y no me parece tan bonito, ni me parece que sea un adorno.

Esa noche, Cafú se quedó un poco preocupado, pues nadie sabía que era 'esa cosa' azul que ahora tenía en el cuello.

Tarde en la noche, su padre se le acercó y le dijo:

—Tu madre y yo estamos preocupados por eso que tienes en el cuello. Queremos que vayas mañana a la isla donde vive tu abuela, y le preguntes si ella sabe qué es 'esa cosa'.

Así que al día siguiente, Cafú se fue donde su abuela, que era una foca con mucha experiencia.

Cuando su abuela lo vio, se sorprendió mucho y le dijo:

—¡Cafú! ¿Por qué tienes ‘esa cosa’ en tu cuello?

—No lo sé —respondió Cafú—, ayer llegué a casa con ‘esta cosa’ en el cuello.

—¡Oh Dios mío! —dijo la abuela preocupada— Voy a tratar de quitártelo.

Pero por más intentos que hizo, la abuela no pudo quitar del cuello de Cafú ‘esa cosa’ azul.

—¡Tienes que encontrar la forma de quitártelo! —le dijo la abuela preocupada.

—Pero a mí no me molesta abuela —dijo Cafú—, más bien, me gusta verme diferente a los demás y que todos me vean cuando paso frente a ellos.

—Ya he visto eso antes —dijo la abuela—, tienes que quitártelo porque tú crecerás, pero ‘esa cosa’ no crecerá y te va a molestar en el cuello hasta que te mate.

—¿Me va a matar? —preguntó Cafú muy asustado— ¿Cómo puedo quitármelo abuela?

—Los únicos que pueden ayudarte a quitarte ‘esa cosa’ —dijo la abuela— son los seres que botan ‘esas cosas’ en el mar.

—¿Qué seres son esos? —preguntó Cafú.

—Son seres que viven sólo fuera del agua y caminan parados sobre dos patas —explicó la abuela—, y cubren su piel con otras pieles para aguantar el frío. Saben nadar, pero no son tan rápidos como nosotros. Ellos también comen pescado como nosotros.

—¿Dónde puedo encontrar a esos seres? —preguntó Cafú.

—Ellos tienen unas extrañas islas pequeñas que se mueven y hacen mucho ruido cuando se mueven —explicó la abuela—. Debes escuchar el ruido que hacen esas islas al moverse y encontrarlos. Ellos pueden ayudarte a quitarte eso del cuello.

—Está bien abuela —dijo Cafú.

Cafú salió de la isla en la que vivía su abuela y pasó de nuevo por el bloque de hielo pulido para verse. Ahora podía verse un poco mejor, y cada vez le gustaba más, ‘esa cosa’ azul que tenía en su cuello.

Así que no le hizo caso a su abuela y se fue a su casa.

—¿Qué te dijo tu abuela? —le preguntó su padre.

—Ah, que... —respondió Cafú—, que buscara a unos seres de dos patas para que me la quitaran.

—¿Es peligroso? —preguntó su madre.

—Pues, es... —dijo Cafú— va a ser malo cuando esté grande. Voy a esperar un poco y después buscaré a esos seres de dos patas para que me lo quiten.

Cafú no dijo toda la verdad, y así consiguió quedarse con ‘esa cosa’ en el cuello, que hacía que todas las focas le miraran y le preguntaran qué era eso.

Pero poco a poco Cafú fue creciendo, y ‘esa cosa’ no crecía junto con él, así que, como le dijo su abuela, empezó a molestarle. Al principio trató de no hacerle caso, pero después ‘esa cosa’ le producía dolor. Así que tuvo que decirles toda la verdad a sus padres.

—Tengo que decirles la verdad —les dijo Cafú—, mi abuela me dijo que ‘esta cosa’ que tengo en el cuello no iba a crecer junto

conmigo, y que podía matarme. Pero a mí me gustaba, así que por eso les mentí. Pero ahora me molesta y estoy muy asustado.

—Está bien hijo —le dijo su papá—, siempre es mejor decir toda la verdad desde el principio. Ahora vamos a buscar a esos seres de dos patas para que te quiten eso. ¿Dónde te dijo tu abuela que podíamos encontrarlos?

—En las islas que ellos tienen, son islas que se mueven y hacen mucho ruido.

—¡Ya sé cuáles son! —dijo su padre— ¡Vamos a buscarlas!

Cafú y su padre se fueron mar adentro, a buscar uno de los barcos que los humanos usan para pescar en esas aguas.

Pero ‘esa cosa’ que tenía Cafú en el cuello, le apretaba tanto que ya no le dejaba comer. Por eso, cada vez Cafú se sentía más débil.

Por fin, Cafú y su padre escucharon el sonido de un barco, y fueron tras él, pero cuando lo alcanzaron. Cafú estaba tan cansado y débil que no podía seguir, así que empezó a desmayarse.

Cuando el padre de Cafú vio que se desmayaba, lo tomó por una de las aletas y lo puso en la red que los pescadores habían bajado para pescar. Así que cuando los pescadores subieron la red, también subieron a Cafú.

Cuando la red se abrió sobre el barco, los peces empezaron a saltar, y una niña que estaba en el barco fue la primera en ver a Cafú.

—¡Miren! ¡Es una foca!

Los marineros la vieron y cuando notaron que respiraba con dificultad porque tenía un plástico redondo azul muy apretado alrededor del cuello, gritaron:

—¡Hay que ayudarla! ¡Se está muriendo!

Uno de los marineros buscó algo con que cortar el plástico, y cuando logró liberar a Cafú, la foca empezó a respirar normalmente.

Un rato después, Cafú estaba comiendo un rico pescado sobre el barco. Después, mientras la niña le acariciaba, le preguntó al capitán del barco:

—¿Puedo quedarme con ella?

—No —dijo el capitán—, esa foca casi muere porque nosotros los humanos estamos botando muchas cosas que podemos reciclar.

—¿Qué es reciclar? —preguntó la niña.

—Reciclar es volver a usar algo varias veces antes de echarlo a la basura —explicó el capitán.

Cafú volvió al mar y se encontró con su padre, los dos se fueron a su casa muy felices; y nunca más Cafú les mintió a sus padres.

EPÍLOGO

Conclusiones

La imaginación es parte de nuestro proceso de pensamiento, y en los niños es algo muy importante.

Los científicos han descubierto que la capacidad que tiene el cerebro de producir imágenes es tan rápida, que no hay tiempo para procesar la palabra ‘no’ antes de que la imagen ya esté lista en nuestro cerebro. ¡Con razón le decía mi hija: “No corras”, y salía corriendo!

En realidad, era como si le dijera: “corre”, pues esa era la imagen que ella se formaba en su pequeña pero asombrosa mente infantil.

Queremos que nuestros niños se queden con la imagen de la utilidad que tienen las hormigas para limpiar el planeta y reciclar la materia orgánica; queremos que se imaginen a la maestra abrazando a las niñas mientras le recuerda que todos los seres humanos somos una sola familia.

Soñamos con que cuando vean a un ciego, recuerden al ciego de la calle 5; necesitamos que vean la importancia de hacer algo bueno por otro ser viviente y que sientan que eso los beneficia; que cuando vean a un loro volar, recuerden que debemos todos cuidar de que las mascotas no mueran de sed encerradas en una casa.

También queremos que amen al mejor amigo del hombre como ese animal especial lo merece, y anhelamos que desde niños tomen conciencia del daño que se les hace a las especies marinas cuando echamos toda nuestra basura en los mares.

En fin, nuestro sueño es que ellos sean mejores que nosotros.

COLOFÓN

*Estos cuentos fueron escritos en 2018 por Carlos Donoso, en
Cuenca, Ecuador.*

Forman parte del archivo abierto del autor en carlos-donoso.com.

*Hierro y Vacío es la obra mayor del autor, prevista para julio de
2026.*